

turno lituano. Poemas, ensayos y prosa suya en ruso se hallan diseminados en antologías y textos que han tenido varia fortuna dentro y fuera de Rusia desde 1965 hasta 1987. Entre los rusos, manifiesta su interés por los grandes escritores perseguidos por Stalin —Zamiatin, Zoschenko, Mandelstam, Ajmatova, Soljenitsin— y entre los poetas de habla inglesa por Eliot, Yeats y Auden, lo que los apurados críticos post-Nobel llaman «metafísicos» ingleses colocando también a Brodsky entre los poetas «metafísicos». En realidad tanto su poesía como su prosa se sitúan en el territorio de lo concreto, con cierta respiración poética de tono bíblico y profético. Se trata de una obra que cultiva lo fragmentario, que se centra en los «jirones del discurso», que busca lo estatuario, lo inmóvil, con un rebuscado descuido formal que termina por definirse por su propia carga estética y formal.

También se le ha definido a Brodsky como poeta «de vena mística y metafísica», «continuador de la gran tradición lírica rusa». Como persona se trata de una figura agitada y compleja, inestable y batalladora, en permanente estado de inquietud. El mismo se autodefine así: «Soy en parte judío, en parte cristiano. En suma, un mal judío». En plena gloria diría: «Yo pertenezco a la realidad: mi lengua y los Estados Unidos». W.H. Auden, su protector en Occidente diría de él: «Es un poeta de primera clase y un tradicionalista interesado por la naturaleza y la reflexión en torno a la condición humana». Pero hay en todo lo suyo —obra y actitud moral— algo que pocos han puesto de manifiesto y con lo cual se coloca en el centro de la doctrina de la disidencia estética rusa. La creencia profunda y la praxis de la autonomía artística del creador literario. Esta creencia es al mismo tiempo su credo humano y su destino. Es el punto de partida y el punto de llegada del creador y del poeta en un tiempo de angustia que es el de Rilke —*Wozu die Dichter?*— pero es también algo distinto. Se trata de la angustia concreta cuyo entorno y contexto es el Leviathán y su poder. El poeta ante el Leviathán. Hobbes y Lenin todo en uno. En su poema *Parada en el desierto* fija con absoluta originalidad esta toma de actitud y de posición concreta: «Quedan en Leningrado pocos griegos./ En general, son pocos fuera de Grecia./ Demasiado pocos para conservar/ Los edificios de su culto./ Que crean en lo que construimos/ Nosotros es algo que no les pide nadie./ Bautizar una nación con una cruz/ Es una cosa, pero llevar la cruz es algo bien distinto./ Esta noche miro por la ventana/ Y me pregunto, ¿hasta dónde hemos ido?/ ¿A qué nos acercamos?/ ¿Qué hay ante nosotros?/ ¿Nos aguarda acaso una neuva era?/ Y si es así, ¿en qué consiste nuestra meta común?/ ¿Qué sacrificio tendremos que ofrecerle?».

Marcha adelante a paso febril, y vuelta atrás. Este es el ritmo de este creador vertiginoso. Pero toda marcha adelante implica un retorno. Y los retornos Brodsky los efectúa con gran sobriedad y serenidad de estilo. Antes aludíamos en este sentido a algunos fragmentos significativos de su prosa o de su poesía ocasional. Ellos se refieren a la evocación de sus primeros años en Leningrado en un texto contenido en el volumen *Menos que uno*. A su crítica de las *Memorias* de la viuda de Mandelstam. O a su oda a los eslavos y su oda al mariscal Zukhov muerto a quien Brodsky saluda desde el exilio. Cuenta Brodsky la vida de tres personas —él y sus padres— en la ciudad de Leningrado, en «una habitación y media». Puede ser la imagen que nos da la película *Ninotchka*, de Ernst Lubitsch, pero en la pluma lúcida y controlada de Brodsky es también otra cosa. La habitación y media tenía «suelo de parquet y mi madre se oponía vivamente

a que los hombres de la familia, yo en particular, anduviéramos en calcetines. Insistía en que usáramos siempre zapatos o zapatilla. Al amonestarme sobre ello evocaba una antigua superstición rusa: trae mala suerte, decía, porque puede presagiar una muerte en familia». «Naturalmente, puede que sólo juzgase este hábito como incivilizado» como una forma de mala conducta o mala educación. En aquel espacio restringido aquella familia se consideraba afortunada y el escritor nos cuenta de sus padres que siempre estaban cansados pero nunca se aburrían. «Consideraban todo como algo natural: el sistema, su impotencia, su pobreza, su hijo travieso. Sencillamente trataban de sacar el mejor partido de todo: procurar que hubiera comida en la mesa, y fuera la comida que fuera, hacerla comestible; que durara y aunque siempre vivíamos al día, ahorrar unos pocos rublos para llevar al niño al cine, para visitar algún museo, comprar libros, para golosinas. Toda la vajilla, utensilios, trajes y ropa blanca siempre limpios, brillantes, planchados, remendados, almidonados. El mantel estaba siempre immaculado y planchado, la lámpara colgada sobre él sin una mota de polvo, el parquet reluciente y barrido... Casi todo el tiempo en la casa estaban de pie: cocinando, lavando, moviéndose entre la cocina colectiva de nuestro apartamento y nuestra habitación y media, atareados con esto o con lo otro en el hogar. Cuando se sentaban era, por supuesto, para las comidas, pero sobre todo recuerdo a mi madre en su silla, inclinada sobre su máquina de coser Singer de rueda y pedal, remendando la ropa, volviendo viejos cuellos de camisa, arreglando y adaptando viejos gabanes. En cuanto a mi padre, su único momento en la silla era mientras leía el periódico o cualquier otra cosa, en su mesa. A veces, por la noche, veían una película o un concierto en nuestro televisor de 1952. Luego seguían sentados... Así sentado en una silla en la habitación y media vacía, encontró un vecino a mi padre muerto hace un año».

Y al recuerdo concreto se sobrepone la imaginación para reinventar la presencia en lejanía: «No sé ni sabré jamás cómo se sintieron durante estos años postreros de sus vidas. Cuántas veces se sintieron atemorizados, cuántos preparados para morir, cómo se aliviaron después, cómo confiaban en que los tres volveríamos a reunirnos. «Hijo» decía mi madre por teléfono, «lo único que deseo en esta vida es verte de nuevo. Eso es lo único que me mantiene viva». Y un minuto más tarde: «¿Qué hacías hace cinco minutos, antes de que me llamas?»». «En realidad estaba fregando los platos». «Eso está muy bien. Es algo bueno: fregar los platos. A veces es una tremenda terapia».

En pleno frenesí alejandrino de la prosa en las literaturas occidentales, este flamante nuevo Nobel de la literatura cultiva con éxito y fervor una prosa realista, llana, concreta en la que ha sido maestra la literatura rusa desde Gogol hasta Tolstoi, Pasternak o Soljenitsin. En realidad, en Occidente, el primer estudioso de gran clase de la literatura rusa que señala los méritos de Iosif Brodsky, es el importante rusólogo italiano Ettore Lo Gatto. En uno de sus últimos libros *Correnti e tendenze nella letteratura russa* (1974) habla del fenómeno de la nueva fronda nacida del Congreso de los escritores soviéticos de 1959 y sitúa concretamente en este contexto la obra relevante de narrador de Brodsky. «No sin razón, escribe Ettore Lo Gatto, Brodsky ha sido llamado el sucesor de Pasternak y de Mandelstam. Y así también no sin razón ha sido considerada digna de aspirar a la herencia simbólica de la Ajmatova y de la Cvetaeva, Bella Ajmaculina, que en sus comienzos tímida y no frondista, es hoy una de las voces más densas de contenido en

tonos que ayudan a la interpretación fuera de la aparente simbología del concepto, espontáneamente fuera de cualquier ortodoxia, sin que con todo permanezca sofocado el originario sentimiento de inspiración femenina». ³ Es interesante cómo Lo Gatto sigue el proceso de la creatividad en Rusia, tanto en la poesía como en la prosa a través del tormento de varias frondas y disidencias, de varios Congresos dogmáticos y varias etapas de presión de la burocracia cultural y de la persecución política de los poetas y los prosistas. El momento culminante es el de *Doctor Zivago* de Boris Pasternak. Las condenas sufridas en los años sesenta por Siniavsky y Daniel fueron mucho más brutales que la persecución de Pasternak en pleno stalinismo. Pero con todo, la presión burocrática sobre los valores auténticos demostró ser no solamente ineficaz sino que aparece en cierto modo como aguijón permanente de una permanente potencia creativa del genio literario ruso.

En este contexto se colocan la prosa y la poesía de Brodsky. La realidad presente y la historia le atraen en igual medida. Sus destellos se reparten indistintamente en la prosa y la poesía de Brodsky. Metafísico, lírico, místico, satírico, lúcido, concreto, estos y otros atributos han sido conferidos a su compleja, caleidoscópica obra. En un texto sobre las *Memorias* de Nadejda Mandelstam que publicara en español hace algún tiempo una revista mejicana, encontramos algunas claves de la *manera de ser* de Brodsky como poeta y prosista. El escritor evoca la singular aventura de los Mandelstam y su generación con espíritu realista donde no faltan los elementos críticos al lado de la melancolía y del entusiasmo por la obra de la generación literaria de la disidencia estética que le precediera. «La poesía, escribe Brodsky, siempre precede a la prosa y así fue en la vida de Nadejda Mandelstam en más de un sentido. Como escritora al igual que como persona, en la creación de dos poetas a los que estaba indisolublemente ligada: Osip Mandelstam y Ana Ajmatova. No sólo porque el primero fue su marido, y ésta su amiga de toda la vida. Después de todo, cuarenta años de viudez podrían oscurecer los recuerdos más felices (y en el caso de aquel matrimonio estos momentos fueron pocos y poco frecuentes: sus años de casados coincidieron con la devastación económica del país, causada por la revolución, la guerra civil y los primeros planes quinquenales). Del mismo modo hubo años en que Nadejda no vio a Ajmatova para nada y una carta hubiera sido lo último en que confiar: el papel, en general, era peligroso. Lo que reforzó la unión de Nadejda con su marido y con su amiga fue una circunstancia práctica: la necesidad de contar a la memoria lo que no podía ser confiado al papel, es decir, los poemas de ambos autores». Sigue la anotación de Brodsky a las *Memorias* de la viuda de Mandelstam con finas alusiones a las palabras de Ajmatova sobre una vuelta a la época anterior a Gutenberg y la difusión del «samisdat» y al esfuerzo de Nadejda en repetir día y noche las palabras de su marido muerto, evocar sus gestos, el tono de su voz y la manera de recitar versos en público, que continuaría siendo la costumbre de los poetas de las posteriores disidencias, entre los cuales el propio Brodsky ocuparía un puesto de primera fila en su corta actividad de fronda en Rusia. Habla de la sensación «evanescente» de la presencia de Mandelstam muerto, en la memoria, las actitudes y los gestos de la viuda. Fina ironía se emplea para definir esta *presencia*. «Sensación de su presencia,

³ Cfr. Ettore Lo Gatto, *Correnti e tendenze nella letteratura russa*, Ed. Rizzoli, Milano, 1974, pp. 164-165.